

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Las parábolas de la oveja perdida y de la dracma perdida, son preciosas. A nadie se le escapa, en el caso de la primera, que nadie haría lo que señala Jesucristo. Ningún pastor «sensato», abandonaría noventa y nueve ovejas con la perspectiva de encontrar sólo una. San Alfonso María de Liguorio comenta que si hemos de estar agradecidos a Jesucristo por haber derramado su sangre por todos los hombres, mucho más deberíamos estarlo si lo hubiera hecho por uno solo de nosotros. Y esto es lo que Jesús nos quiere dar a entender: Dios me ama con un amor singular y, si yo hubiera sido el único hombre sobre la tierra, habría entregado su vida por mí. Esto debemos pensarlo todos. Como dice san Pablo: «Me amó y se entregó por mí». Dios no quiere que nadie se pierda. Nos ama con un amor singular.

¿Quién es la oveja perdida? Cada uno de nosotros, pues nadie puede ir al Padre si no es a través de Jesucristo. «Dios envió a su Hijo al mundo para que no se pierda ninguno de los que crean en Él».

La imagen del Buen Pastor, con la oveja a hombros, fue una de las primeras en las que se fijaron los artistas cristianos. Hay muestras ya en las catacumbas. Signo de que la salvación se ha vivido siempre como una gracia: Dios viene a buscar al hombre.

Por muy perdidos que estemos, Dios viene a buscarnos. La imagen del Buen Pastor resume la relación del hombre con Cristo. Él, ciertamente, ha cargado con nuestros pecados y nos lleva consigo. Y la alegría de Dios es la salvación del hombre: «¡Felicítadme! He encontrado la oveja que se me había perdido».

El salmo de hoy describe la oración del hombre perdido que, sin embargo, confía en la misericordia de Dios y espera de Él la salvación. Podría ser la oración de la oveja extraviada cuando toma conciencia de su desatino. Supone la parte subjetiva de la redención: el pecador invoca a Dios que, en Cristo, viene a salvarlo. Con Él, camino del Padre, puede entonar himnos de alabanza. Si en el pecado nuestra oración es principalmente de petición, la vida de la gracia mueve nuestro corazón a la alabanza y al agradecimiento.